

OTRA EXTORSIÓN A HUMPTY DUMPTY

Había encontrado, en un fórum de internet, una versión en latín del famoso diálogo entre Alicia y Humpty Dumpty, que resultó que contenía un detalle algo confuso. Corrí a buscar el original para comprobar de dónde vendría la confusión, y entonces releí la famosa línea final de otra manera. Hace muchos años traduje al catalán ese fragmento (y luego todo el libro), de manera que por mi cabeza pasó por un momento la idea de reescribirme. Se trata quizás de uno de los fragmentos de Lewis Carroll más citados del mundo, que tiene un interés especial, desde luego, para lingüistas y filósofos:

“Cuando uso una palabra -dijo Humpty Dumpty con tono desdeñoso- significa lo que yo quiero que signifique... ni más ni menos.

La cuestión -dijo Alicia- es si puede hacer que las palabras signifiquen cosas diferentes.

La cuestión -zanjó Humpty Dumpty- es quién manda, nada más.”

(Reproduzco solo las líneas centrales; la versión es de Juan Gabriel López Guix.) Como tanta gente, vi en ese diálogo el planteamiento central del lenguaje y el poder (o del poder del lenguaje y el lenguaje del poder, [para expresarlo con un quiasmo](#)). Traduje, en consonancia, como la mayoría de traductores, si no todos, habían hecho, más o menos: la cuestión es quién manda, eso es todo.

El original inglés rezaba *The question is (...) which is to be master -that's all*, y tras mi paseo por el fórum latino, aunque la versión era confusa, empecé a sospesar una alternativa que estaba claro que se alejaba del consenso de traducción, y que introducía una distorsión sustancial. Me mareaba también el hecho de que la distorsión fuera espuria, que fuera un error de interpretación, pero era tan claro que le daba una vuelta de tuerca al famoso diálogo que resistirse a pensarla no me parecía una opción; a fin de cuentas, los traductores se han divertido en muchas ocasiones con traducciones espurias, con auténticas pifias que ponen patas arriba el original: sus carcajadas venerables resuenan como parte de su trabajo, celebrando o censurando un error brillante, un despiste menor o una audacia peligrosa.

The question is which is to be master permite buscar un antecedente inmediato en la frase precedente, *The question is (...) whether you can make words mean so many different things*, “si puede hacer que las palabras signifiquen cosas diferentes”, limitándose al significado no personal de *which*, o “cuál”, en su caso, cosa que sería la diferencia sustancial. Esa limitación, posible gramaticalmente a partir del pronombre original inglés *which*, dejaría fuera del famoso epigrama final del diálogo a Humpty Dumpty, el cual obviamente cobra protagonismo en la disyuntiva que él mismo plantea, “la cuestión es quién manda, nada más”. Quién manda: las palabras o yo.

Si nos limitamos al significado no personal, dado que en el original no aparece *who*, “quién”, un detalle que a las traducciones les cuesta reflejar, algo así como, digamos, *lost in translation*, la cosa podría quedar de la siguiente manera:

“La cuestión es (...) si puede hacer que las palabras signifiquen cosas diferentes.

La cuestión es (...) qué cosa domina / cuál se impone / cuál tiene que mandar.”

Aquí no hay un agente animado en primer término. El sentido relevante sería “qué significado se impone, cuál ha de dominar”; parece que no convence tanto que el sentido de la frase final se refiera a las palabras, dado que el problema crucial es la multiplicación de significados. De manera que una respuesta como “cuál ha de dominar”, “qué significado”, desde luego mucho menos fuerte que la versión de consenso entre los traductores (con “quién”), es técnicamente posible, aunque ahogue al mismo Humpty Dumpty y su pretensión de poder, y conlleve un craso error de interpretación.

Así que voy a defender por un momento lo indefendible. En esta versión, con los significados apuntando a tantas cosas diferentes, “qué ha de dominar” sugiere maravillosamente que en el lenguaje se entabla una competición encaminada a que se establezca un significado prominente, una especie de lucha darwiniana entre meras posibilidades, algo que haría las delicias de filósofos como D. C. Dennett, abierto partidario del barullo profundo hasta que un meme o una idea ocupa el adecuado perímetro. Me puedo imaginar, siendo como es ese capítulo de *A través del espejo* [una parodia del filólogo](#) (y ya sabemos [adónde conduce la filología](#), como diría Ionesco), me puedo imaginar, pues, que la famosa respuesta de Humpty Dumpty se refiriese tan solo a la competición de las palabras entre sí, en colosal bullanga como la descrita en aquel magnífico relato corto de Pérez Galdós, [La conjuración de las palabras](#) (1868). A fin de cuentas, los diálogos con Humpty Dumpty rebosan filología por los cuatro costados. La argumentación que sigue, donde el orondo personaje explica que algunas palabras tienen bastante genio, “en particular los verbos, que son los más orgullosos; con los adjetivos puedes hacer cualquier cosa, pero con los verbos, no...”, quizás no sea disonante del todo de la versión del barullo, de la lucha de negros en un túnel, donde él pusiera orden con rotundidad erudita, quizás agitando un diccionario. La buena cuestión es “cuál se impone”.

Pero estamos alimentando, recordémoslo, un error de interpretación, por virtuoso que parezca. El hecho de que seguramente no haya traducciones del epigrama final del diálogo como la que apunto aquí iría en esa dirección del error garrafal que sería dejar a Humpty Dumpty fuera de la interpretación, cuando es parte del sentido, de la intención o la enunciación. No parece plausible dejarlo fuera de esa ecuación. Naturalmente, eso es lo que el sentido del original permite, y todo convida a tenerlo dentro. Quién ha de mandar, si las palabras o yo, es el objeto último de la contienda, y lo que eleva la categoría lingüística y filosófica del diálogo. Si quisiéramos conservar algo de ese combate entre palabras y sentidos, mediado por un agente personal, cabría pensar en algo así como “quién tiene que imponerse”; aunque también es el caso (para contento de los divergentes, si los hubiera) que una traducción como “qué se impone” se abre tanto a la interpretación no agentiva (“algo llega a imponerse por sí solo”) como a la interpretación agentiva (“hay que imponer algo”).

No dejo de experimentar un cierto deleite en subrayar la interpretación alternativa y sin duda errada, consciente de que me alejo del consenso. La cuestión es que, sorprendentemente, aporta nuevos matices y algún valor complementario, algo que hoy seguramente podría encandilar a bastantes lingüistas y a no pocos filósofos naturalistas, amantes de la selección y la variación. Reconozco una cierta malicia en esa operación de apuntar hacia la competición de significados, en ese desvío coherente e intencionado, cosas en las que un traductor a veces puede embarcarse, y que incluyen la diversión en la gira.

Pero también la seriedad. La versión “que se impone”, por decirlo con Lewis Carroll, es la que integra a Humpty Dumpty en la ecuación, al agente manipulador. La divergencia pone en primer lugar, precisamente, el hecho de que hay versiones que triunfan y se extienden a costa de otras, respondiendo a veces a la verdad, a la adecuación, a la justicia, o simplemente a la

facilidad, o a otros factores, no siempre al designio arbitrario de alguien o a la voluntad paciente sujeta a un diccionario, esgrimida por un investigador escrupuloso. Ciertamente se trata de ironías del discurso lo que late en la extensión de las ideas, pero es que hay algo de mala fe en la pretensión de poder de Humpty Dumpty. Siempre he pensado que, al revés, Alicia practicaba un cierto *fair play*. Que extorsionemos un poco a Humpty Dumpty, en favor de Alicia y su silencio o perplejidad posterior tras escucharlo, quizás no sea del todo una mala empresa. “La cuestión es (...) si puede hacer que las palabras signifiquen cosas diferentes”. “La cuestión es (...) es qué ha de dominar”.

Aduciré, sin embargo, un último texto que parece decisivo en favor de la interpretación mayoritaria, o dominante, nunca mejor dicho. En 1966 el profesor canadiense Clive H. Carruthers (1891-1980) publicó una versión en latín de la segunda Alicia, *Aliciae per Speculum Transitus* (Macmillan), que despeja las dudas que planteaba la versión confusa que encontré en el foro de internet. Las líneas clave dicen lo siguiente:

“Cum *ego* verbo utor,” Ovalius Crassus satis arroganter dixit, “exactam vim habet quam mea opinione habere debet -neque ampliorem nec minorem.”

“Hoc diiudicandum est,” inquit Alicia, “num verba sententias diversas habere cogere possis.”

“Immo vero hoc diiudicandum est,” inquit Ovalius Crassus, “uter dominari debeat -id caput rei est.”

Siendo Carruthers como era hablante nativo del inglés y un excelente clasicista, ello le deja en una muy buena posición para que consideremos su versión. Su lección del epigrama final, *uter dominari debeat* nos aclara algunas cosas. Aunque *uter* corresponde a *which*, a diferencia del pronombre inglés *uter* responde al género. *Uter* es masculino. Y no hay referentes masculinos en la frase inmediatamente anterior: *verba* es neutro, y *sententias*, femenino. Un *uter* masculino aquí solo tiene sentido si incluye, por generalización, todo lo anterior y Ovalius Crassus, Humpty Dumpty; precisamente, como cuando decimos “¿Quién manda en Roma, César o las leyes del senado?”.

No hay que darle más vueltas, Carruthers encarriló bien el asunto. Valga la extorsión aquí realizada como un buen ejemplo de mala traducción, de versión que descarrila a la vez que abre las puertas a otras interpretaciones quizás inquietantes; y continua a su modo, cómo no, el juego carrolliano.

(Dedico esta nota a Claudi Mans, que no pudo consultar las versiones catalanas y castellanas por tenerlas en estanterías tapadas por el belén de Navidad. Todos mis agradecimientos a Maria Davies, Jordi Quintana, Juan Gabriel López Guix, Ferran Grau y Lluís Polanco.)